



ACTO SEGUNDO

Castillo de Mousseaux.—En el antiguo salón de Guardias.

A la izquierda, en primer término, algunos escalones conducen á las habitaciones particulares. A la derecha, en segundo término, balcón abierto con una antigua balaustrada de piedra. En el foro puerta monumental de entrada. A la izquierda, en el foro, una galería con vistas al Cher, que se pierde á lo lejos. Una mesa grande, sitiales del tiempo del Renacimiento, de diferentes formas. En las paredes, tapices antiguos y papiros.

Al levantarse el telón, María Antonia y la marquesa de Rocanere hablan confidencialmente en la terraza. La Marquesa en traje de visita. María Antonia con la cabeza al aire, en traje de casa, elegante y oscuro.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ANTONIA , LA MARQUESA DE ROCANERE

LA VOZ DE HEURTEBIZE (*desde fuera*).

Jamás... ¡Os digo que no!... No quiero, y el primero que vuelva á decirlo...

MARÍA ANTONIA (*asomándose al balcón*).

¡Vamos á ver si calláis!... ¿Qué significa todo ese escándalo, Salviati?

EL CRIADO (*desde fuera*).

Señora, es el portero mayor...

ESCENA II

DICHOS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*entra furioso, con la gorra galoncada en una mano y en la otra un cartel arrugado que acaba de arrancar de la pared*).

Sí, señora, soy yo. Mire usted lo que habían pegado en la puerta principal (*leyendo*). «Venta en pública subasta...»

MARÍA ANTONIA (*á media voz*).

¡Oh, Dios mío! ¿Ya?

HEURTEBIZE (*leyendo*).

«De la posesión y castillo de Mousseaux, muebles é inmuebles, tierras, viñedos, prados, bosques, islas y molinos...»

MARÍA ANTONIA

¿Y has arrancado ese cartel?...

HEURTEBIZE

Y arrancaré cuantos pongan.

MARÍA ANTONIA

Has hecho mal, pobre Heurtebize; puesto que van á vender todo, justo es que pongan anuncios.

(*Movimiento de la Marquesa.*)

HEURTEBIZE

¡Mousseaux vendido! ¿Es posible, Dios mío? Si cualquiera que no fuese la señora me lo dijera, no podría creerlo.

MARÍA ANTONIA

No te desesperes... Te dejarán tu portería; los criados viejos como tú forman parte integrante de la finca.

HEURTEBIZE

No pienso en mí, señora; pero al fin está uno orgulloso con una casa de la cual ha sido uno, durante treinta años, un fiel perro de guarda, y pido á la señora, siempre tan buena conmigo, que me haga el último favor.

MARÍA ANTONIA

¿Qué es ello?

HEURTEBIZE

Hoy es jueves, día designado para dejar que el público visite la finca.

LA MARQUESA DE ROCANERE

¡Ah, sí! La costumbre de las mansiones señoriales históricas.

MARÍA ANTONIA

¿No se hace lo mismo en Rocanere?

HEURTEBIZE (*señalando el cartel que tiene en la mano*).

Si he de tener estas porquerías pegadas en la puerta, preferiría que fuese otro, y no yo, quien enseñe hoy la casa.

MARÍA ANTONIA

No, no; presta servicio como de costumbre y no se pondrán esos anuncios hasta mañana.

HEURTEBIZE (*muy conmovido*).

Gracias, señora.

(*Vase.*)

ESCENA III

MARÍA ANTONIA, LA MARQUESA DE LA ROCANERE

LA MARQUESA (*cogiéndole las manos*).

¡Y era verdad, pobre amiga! ¡Tampoco yo quería creerlo!

MARÍA ANTONIA

Sí; parece que estoy arruinada, pero es esa una desgracia que no me aflige... Pobre ó rica, aquí ó en otra parte, mi vida está perdida, y toda mi fortuna no serviría para consolarme.

LA MARQUESA (*en voz baja*).

¿Siempre el mismo pesar?

MARÍA ANTONIA

Siempre... ¡Qué locura la de querer amar á mi edad! (*Extendiendo las manos y levantando la vista al cielo.*) ¿Por

qué se ha interpuesto ese hombre en mi camino y por qué ha nacido en mi corazón esa ilusión de una felicidad nueva, de una nueva existencia, cuando todo, todo debía haber concluído para mí? (*Con desesperación.*) ¡Ah! ¡Luisa, Luisa mía, feliz tú que eres joven!

LA MARQUESA

¡Joven! Pregúntele usted al Sr. de Rocanere, para quien ya no lo soy hace tiempo...; y si quiere usted que hablemos de desdenes, de abandono, de traición, de mentiras, sé también, como usted, todo lo que de eso encierra la vida de la mujer casada. Pero yo he tomado una resolución inmediatamente, y pareciéndome de muy buen gusto seguir siendo mujer honrada al lado de ese ganapán, he buscado en las distracciones lícitas consuelo á mis pesares...; me he dedicado al *sport*, la caza del lobo y de la zorra. ¿No caza usted ya, Duquesa?

MARÍA ANTONIA

No.

LA MARQUESA

Yo tampoco, porque me he cansado muy pronto de eso... Luego me dediqué á la escultura; pero eso era muy sucio. Me dediqué después á Wagner. Una temporada estuve sola en Bayreuth, pero no volví á la segunda. Después de Wagner... (*haciendo memoria.*) ¿Qué hice yo después de Wagner? ¡Ah! sí, me dediqué á fundaciones de caridad; á hacer buenas obras... la caridad es un *sport* que cansa mucho también... He fundado asilos para huérfanos por el estilo de los que hay aquí para niñas mudas. Mi suegra me ayudaba mucho; es muy rica, como usted sabe, y á cada nueva calaverada de su hijo estaba yo segura de verla llegar á mi casa con veinte, treinta ó cincuenta mil francos, según la enormidad de la calaverada. «Toma, hija mía, ahí tienes para tus sacerdotes asociados;» ó bien: «He pensado en tus viudas de militares.» La pobre señora me tenía al corriente de mis infortunios conyugales con tanta exactitud como lo hubiera

hecho la mejor Agencia: y como en definitiva prefería yo no saber nada, renuncié á las fundaciones para volver á la religión pura sin obras de caridad... Las que pueden entregarse á ella en alma y cuerpo, esas son felices; yo no he podido. Y ahora vea usted en qué estado me encuentro. (*Saca del bolsillo un estuchito de plata.*) Mi frasquito de morfina y mi aguja para inyecciones.

MARÍA ANTONIA

¡Oh, Luisa!

LA MARQUESA

¡Cuando me aburro demasiado, crac! (*Hace el movimiento de pincharse el brazo.*) En seguida se siente un desvanecimiento, una embriaguez, no se piensa en nada, ó, mejor dicho, se piensa en muchas cosas á la vez; toda el alma se esparce como cuando se contempla mucho rató el mar. ¿No ha probado usted nunca esto?

MARÍA ANTONIA

¡Calla! ¿Acaso no sabes que lo que viene detrás de ese cobarde apaciguamiento es la locura, la abdicación de sí misma? ¿Cómo puedes...?

LA MARQUESA

¡Bah! Se exagera mucho. En primer lugar, cuido de no aumentar la dosis.

MARÍA ANTONIA

No, no, hija mía; cree que lo único que importa en la vida es ser amada.

LA MARQUESA (*que se ha puesto repentinamente seria*).

¿De veras? ¿Usted lo cree? (*Bajando la voz.*) Yo también. (*Con emoción.*) ¡Ah! ¡Si mi marido hubiese querido!...

MARÍA ANTONIA

Tú todavía puedes tener esperanza; eres joven. Para mí ha concluido... Ya... jamás...

LA MARQUESA

¿Por qué? Tal vez la ruina sea, por el contrario, una ocasión de reconciliarse.

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¡Dios me libre! He sufrido demasiado. ¡Oh! ¡Esos dos años que hemos pasado juntos! ¡Comprender que yo no le gustaba y ver que la diferencia de edades iba cada vez en aumento! Me volvía celosa, pero celosa hasta morirme, hasta ser capaz de matar. Soñaba con venganzas sagrientas, con frascos de vitriolo lanzados á la cara de mujeres que á él le parecían hermosas á quienes yo culpaba de matar mi felicidad.

LA MARQUESA (*con cómico espanto*).

¡Eso es terrible!

MARÍA ANTONIA

Y él, en vez de curarme esa enfermedad horrorosa, se divertía en exasperarla, pensando tal vez servirse de ella como medio para recobrar su libertad, como pretexto para divorciarse... ¡Es tan sutil! Pero mi última herida, la más cruel, la más ultrajante... ha sido la de esa Lidia Vaillant. Ya recordarás...

LA MARQUESA (*estupefacta*).

¡Lidia!... ¡Cómo! ¿La hija del antiguo administrador de Correos?...

MARÍA ANTONIA

De esa no sospechaba yo, Dios mío. Había yo sido tan buena para ella, para su padre... siempre á mi lado... mimada como si fuera mi hija... pero un día tuve

la prueba... ¡Y qué prueba!... cínica... brutal... un abrazo y un beso sorprendidos detrás de una puerta... Y cuando eché de mi casa á esa desgraciada, ¿sabes lo que hizo mi querido, mi leal marido? Pidió el ascenso del padre y se llevó á su querida á París. Ya comprendes que así estaban más cómodamente. De ahí nuestro rompimiento.

LA MARQUESA

¡Cuidado con Lidia! ¡Qué descaro! Y el padre, ¿no ha sabido nada? Yo, en el lugar de usted, se lo hubiera dicho.

MARÍA ANTONIA

¡Al padre! No tenía yo nada que decirle; es uno de esos ciegos que por nada del mundo quieren curarse de su ceguera. ¡Bah!... ¡Qué disgusto es la vida! ¡Ah! Si no hubiera sido por este invierno de calma y de soledad en Mousseaux, ¿qué habría yo hecho? ¿á qué locuras me hubiera visto arrastrada? ¡Y hablas de reconciliación! ¡No, no! Además, él no de-

sea más que el divorcio ó que yo me muera, para casarse con otra más joven.

LA MARQUESA (*con desdén*).

¡Con ella! ¿Cree usted que se atrevería?

MARÍA ANTONIA

¡Oh! no; con ella no, porque no tiene dinero. Piensa en otra muy rica.

LA MARQUESA

¿Y cómo sabe usted...?

MARÍA ANTONIA (*sonriendo*).

Por Lortigue, su secretario, un joven que me han mandado aquí... no sé con qué intenciones perversas... y cuya adhesión he sabido ganarme con unos cuantos latigazos.

ESCENA IV

DICHÓS, HEURTEBIZE

HEURTEBIZE (*alegremente*).

Ahí está el Sr. Vaillant, señora.

MARÍA ANTONIA

¿Qué dices? ¿Vaillant?

HEURTEBIZE

Sí, señora.

MARÍA ANTONIA

¿Estás seguro?

HEURTEBIZE

Sí, señora.

LA MARQUESA

¡Esto es demasiado!

MARÍA ANTONIA

¿Y quiere hablar conmigo?... ¡Que éntre! Tengo curiosidad...

LA MARQUESA

Dejo á usted.

MARÍA ANTONIA

No, no; te lo ruego. No me estorbas.

ESCENA V

DICHOS, VAILLANT

VAILLANT (*saludando y dirigiéndose á María Antonia con efusión*).

¡Oh, señora, señora, cuánto me alegro de ver á usted!

MARÍA ANTONIA (*con frialdad*).

Buenos días, Vaillant. ¿Qué viene us-

ted á buscar? ¿Qué podemos hacer por usted?

VAILLANT (*un poco desconcertado*).

Para mí, señora, no pido nada. Ha hecho usted mucho más de lo que yo merezco, mucho más de lo que yo ambicionaba. Este destino en París... este ascenso inesperado...

MARÍA ANTONIA

¡Oh! Ruego á usted que crea que no he intervenido en nada de eso.

VAILLANT (*estupefacto*).

¡Cómo! ¿No ha sido usted, señora? ¿Quién lo ha hecho entonces? Es un favor grandísimo que yo no había pedido.

MARÍA ANTONIA

Busque usted. Averigüe.

LA MARQUESA (*sonriendo*).

Algún misterioso protector.

VAILLANT

No conozco á nadie, y estoy tan acostumbrado á debérselo á usted todo, señora Duquesa, que cuando me sucede algo bueno, no pienso en nadie más que en usted... Cuando cesé en Mousseaux, antes de tomar posesión de mi destino en París, vine varias veces al castillo sin conseguir que me recibieran. Tenía remordimientos de haberme marchado sin despedirme de usted.

MARÍA ANTONIA

No me dé usted las gracias, Vaillant, porque soy completamente ajena á la buena suerte de usted.

VAILLANT

¡Eso sí que es extraño!...

LA MARQUESA

Acaso su hija de usted, con sus relaciones particulares...

VAILLANT

¡Mi hija!

LA MARQUESA (*en el mismo tono*).

El padre de una muchacha bonita tiene méritos para el ascenso; ese es un derecho administrativo.

VAILLANT (*con violencia y mirada torva*).

¡Pero no en mi familia, señora de Rocanével!

MARÍA ANTONIA

¿Siguen ustedes viviendo juntos?

VAILLANT

¿Lidia y yo? Bien sabe usted, señora,

que no tengo á nadie más que á ella en el mundo, ni ella á nadie más que á mí. ¡Oh, sí! Siempre juntos, dos corazones en uno, y los dos solos. La sociedad va siendo tan mala... Palabra de honor que no se encuentran más que víboras en todas partes.

MARIA ANTONIA

Pero mientras está usted en la oficina, Lidia debe aburrirse mucho sola en la casa.

VAILLANT

¡Oh! Los pobres no tienen tiempo de aburrirse...; mi hija tiene mucho que hacer. Nuestra casita es muy pequeña, pero está muy cuidada y muy coqueta... se parece á ella. Además, hace traducciones del inglés, del alemán; es muy lista para todo y muy instruída, gracias á usted, señora: No lo olvidamos nunca.

MARÍA ANTONIA (*en voz baja*).

Tanto mejor, Vaillant.

VAILLANT

Ahora está traduciendo para unas señoras extranjeras las *Memorias* de un hombre célebre de su país. Un gran patriota; no sé cómo se llama... El caso es que esas señoras son muy buenas, colman de atenciones á Lidia, van á buscarla todos los días, la traen en coche, porque tienen esas señoras interés en que la traducción sea hecha delante de ellas.

LA MARQUESA

¿De veras? (*Mirando á María Antonia.*) ¿Y conoce usted á esas extranjeras? ¿Las ha visto usted?

VAILLANT

No; sólo sé que hay una joven, de la edad de Lidia próximamente, y que se ha hecho una verdadera amiga suya.

LA MARQUESA

¡Cómo! ¿No ha tenido usted curiosidad ninguna?... Pues yo, en el lugar de usted, al ver que se llevaban á mi hija todos los días en coche... hubiera temido que ese gran patriota me la robara.

VAILLANT (*furioso*).

Ha muerto, señora.

LA MARQUESA

¡Entonces...!

VAILLANT

Y además, mi hija es de las que no se dejan robar.

MARÍA ANTONIA (*con viveza*).

¿Y no se trata ya de ese casamiento de que me habló usted?

VAILLANT (*absorto*).

¿Señora...? ¡Ah! Ese casamiento; no, no quiere ella. Lo siento, porque se trataba de un buen muchacho... que la quiere mucho; pero para saber lo que pasa en esas cabecitas, sólo una madre sirve, y ¡hace tanto tiempo que falta la madre en mi casa!...

MARÍA ANTONIA (*con dulzura*).

Usted debe reemplazarla, Vaillant.

VAILLANT (*muy turbado*).

¡Oh! Sí por cierto... yo... ¡perdóneme usted, señora, me siento un poco emocionado... Hay algo así como un reproche en los ojos de usted, en su voz, y desde qué entré aquí me parece que hay deseos de entristecerme... Me pregunto el por qué... Procuero adivinar... He tenido hacia usted siempre tanto respeto, tanta gratitud, que esta acogida me sorprende tanto...

MARÍA ANTONIA (*á media voz*).

¡Pobre hombre! (*Alto.*) No, amigo mío, tranquilícese usted; nadie aquí le desea ningún mal; pero ha llegado usted á mala hora. Vamos, siéntese usted ahí, Vaillant.

VAILLANT (*enjugándose la frente*).

¿Es verdad, señora, que no me tiene usted rencor?

MARÍA ANTONIA

Déme usted la mano como á una amiga antigua, y dígame lo que le trae por aquí.

VAILLANT (*todavía turbado*).

Pues he venido... tal vez recuerde usted que hace tiempo dió usted á la familia Caussade...

(*Se oyen grandes campanillazos.*)

MARÍA ANTONIA

¡Viene gente!

LA MARQUESA

El público de los jueves.

MARÍA ANTONIA

Vamos á mi cuarto un momento.

VAILLANT

Señora, la molesto...; ya volveré.

MARÍA ANTONIA

¡No, no; éntre usted, éntre usted! (*A la Marquesa.*) ¿Vienes, Luisa? (*Aparte, subiendo la escalinata de la izquierda.*) Estoy contenta. ¡El pobre no sabe nada!